Lejos de la guerra

—¡Doctor, aún no aparece! —se escuchó gritar a una mujer por el pasillo. —Por favor discúlpeme, no entiendo cómo pudo haberse perdido.

El doctor se detuvo de inmediato y se volvió. Su secretaria corría hacia él con el rostro pálido y angustiado.

—Pues yo y estoy acostumbrado a su incompetencia —dijo mientras le miraba despectivamente—, es sin duda una secretaria más tonta de este lugar. El asunto es que de llegar a quejarme y pedir su traslado, tardarían por lo menos dos semanas en enviarme a otra mujercita igual de lenta y despistada… Dígame, ¿cómo ha podido perder una historia clínica?

—¡Doctor, por favor, perdóneme! No fue mi intención, yo siempre las pongo…

—¡Es mejor que se retire! Las excusas no me sirven. —Interrumpió con altivez— ¡Vaya a buscar esa historia y no aparezca hasta que la encuentre! Gracias a usted no tengo información sobre el paciente nuevo. ¿Cree que quiero entrar allí —señaló una puerta vieja y oxidada a unos pocos pasos de él— sin saber si es un loco de remate o un asesino potencial? ¡Encuentre esa historia de inmediato!

La secretaria agachó la cabeza con sumisión.

—Sí señor— dijo en voz baja y caminó velozmente hacia su oficina.

El doctor era un hombre bajo, ancho de estómago y de pequeños anteojos. Llevaba un delantal blanco que colgaba hasta más abajo de sus rodillas y frecuentemente se frotaba las manos . Desde pequeño intentaba compensar su falta de estatura con la imponencia de su voz gruesa y ronca, conquistando, grito tras grito, cada beneficio de que gozaba en su vida. Secretamente le alegraba la guerra, pues gracias a ella había obtenido un trabajo provechoso en el Hospital Psiquiátrico Militar, donde podía desplegar a cabalidad su pequeño poder en aquellas cuatro paredes, máxime cuando la alternativa era solicitar un trabajo en el Hospital Principal de la Ciudad, dirigido por un compañero de la facultad a quien odiaba —sólo es un niño rico y con suerte— decía cuando alguien hacía mención de él. Al mismo tiempo, como un pensamiento más soterrado y tormentoso, le espantaba la posibilidad de vérselas con la guerra de forma cercana, de manera que se sentía tranquilo y contento de estar lejos de las batallas, y de no verse obligado a andar por los campos, fusil en mano, tratando de tomar el control de cierta colina sin importancia en gracia a las órdenes de cualquier temerario coronel. De vez en cuando pensaba un momento en esta íntima contradicción, y cuando se miraba al espejo y le era devuelta la imagen de un hombre disminuido y temeroso, se decía —puedes demostrar que eres fuerte y valiente—, para lo cual cada semana buscaba presuroso algún acto que le redimiera. Un día, por ejemplo, subió a un pequeño árbol para recuperar el sombrero de una visitante del hospital que había sido arrebatado por el viento; otro, cargó varias bandejas desde la despensa hasta el comedor sin aceptar la ayuda de nadie; incluso llegó a acercarse a un grupo de ebrios que cantaban desafinadamente cerca de uno de los pabellones y solicitarles, no sin cierto temor, que se marcharan. En cada una de estas situaciones su corazón palpitaba como si estuviera próximo a la muerte, o lo que es peor, próximo al error. —¿Qué dirían de mí los demás empleados si me vieran caer del árbol, soltar las bandejas o ser golpeado por los borrachines?— pensaba. Sin embargo, para su fortuna, todo se resolvía bien. Cuando daba por concluida su acción heroica, y otra oportunidad llegaba a presentarse, se decía con tranquilidad —ya has hecho lo tuyo— y dejaba que la situación se resolviera de cualquier otra manera que no le involucrara.

Había seguido caminado lentamente hasta la puerta señalada y se detuvo un momento. Comenzó a balancearse en las puntas de sus pies hacia adelante y hacia atrás mientras pensaba qué hacer. No acostumbraba visitar a un paciente sin haber estudiado con meticulosidad su historia clínica. —Dios sabe qué cosas le esperan a uno con estos desquiciados— decía. Pero dado que su secretaría no podía encontrar los papeles requeridos, y se constituía en una buena forma de cumplir con el acto redentor de la semana, sacó el manojo de llaves de su bolsillo y abrió la puerta.

El sonido chirriante de las bisagras oxidadas despertó al paciente, que dormía acurrucado encima del deshilachado colchón. Sobresaltado, se volvió hacia el doctor y le dirigió una mirada confusa.

—Lamento despertarlo, estas puertas son bastante viejas.—se disculpó el doctor.

El paciente exhaló y respondió:

—¿Por qué estoy aquí?

—¿Cómo está? ¿Le han tratado bien?

—Estoy muy bien, gracias. ¿Me puedo ir ya?—replicó el paciente con voz rápida, casi automática y con una sonrisa forzada.

—Quisiera que conversáramos un poco. Cuénteme, ¿cómo durmió?

—¡De espaldas, je,je!, ¿entiende? —— No trate de engañarme, a usted no le importa mi situación, todos somos iguales aquí: un montón de locos. Pero ¿sabe usted? Yo no estoy loco, y por ello creo que debe dejarme salir de aquí de inmediato.

El brazo del soldado tenía una venda.

—¿Qué le ha ocurrido en el brazo? ¿Le hirieron en batalla?

—No recuerdo esta herida.

—¿Quiere contarme por qué está aquí?

—¡Eso es lo que quiero que usted me diga! ¡Por favor, doctor, sáqueme de aquí!

—¡Oh! Pero si aquí se está muy bien, yo me la paso de maravilla. Por lo menos tómese un tiempo aquí y luego hablaré con ellos para que le dejen salir. ¿No tiene alguna idea de por qué lo trajeron?

El paciente guardó silencio. Exasperado se llevó las manos a la nuca mientras trataba de pensar. Era evidente que el doctor no le dejaría ir, por lo que tendría que hablar con él y convencerle de que no había nada malo. ƒNo es bueno que este sea el tono. Yo en tanto escritor no quiero ser el que explique lo que pasa por su cabeza.ƒ

—Insisto en que me diga qué ocurrió antes de que lo trajeran aquí, quizás así podríamos darnos cuenta de qué le pasa, quizás sea un malentendido y pueda usted salir. ¿Qué rango tiene y en qué batallón se encontraba?

—Soldado regular, Cuarto batallón. —Respondió el paciente mientras bajaba sus manos y miraba a la pared. — No recuerdo nada antes de venir aquí, sólo que un día estábamos asegurando una pequeña villa y luego llegué aquí.

—¿Asegurando una pequeña villa?— repitió el doctor con tono confuso.

—Sí, asegurando. ¿No me oye? ¡No entiendo por qué me han enviado a este lugar, yo… no tengo nada malo! —enojado.

—¿Qué tal los paisajes? Me han dicho que las villas son bonitas.

Mirándo con furia al doctor, el paciente dijo:

—Esta villa era bonita. Esos malditos animales la habían abandonado dos días antes de nuestra llegada. Nos habían ordenado visitar casa por casa y asegurarnos de que no hubiera nadie presente. Entramos a las casas, aseguramos y ya. Es todo lo que recuerdo, doctor. ¿Ahora sí puede dejarme ir?

—¿De qué animales habla?

—Pues el enemigo, doctor. —dijo con tono de obviedad—Todos los habitantes de la villa se habían ido y todo estaba asegurado. Hice guardia cerca del bosque detrás de la villa.

—Por favor continúe, dígame qué ocurrió después.

—Eso es todo, al otro día estaba de camino aquí.

—No envían a nadie aquí por hacer guardia. ¿No recuerda nada más?

—No, no recuerdo nada más. Por eso le digo que yo debería irme de aquí.

—¿Qué pasó durante la guardia? ¿Recuerda algo de eso?

El paciente pensó un momento. De repente se miró la venda del brazo y exclamó con sorpresa:

—¡Claro! Ya sé cómo me hice esto. Caminaba cerca a de las afueras del pueblo, estaba bastante oscuro, ¿sabe? Escuché un ruido, como un animal gruñendo, y buscando Resbalé desde la cima de un pequeño risco y me hice daño al caer.

—Caí por unos matorrales.

—Me di cuenta de una casita oculta.

—Entré y vi un conjunto de cerdos en un corral.

—Al verme huyeron, pero atrapé a uno de ellos. Los demás escaparon a través de los árboles.

¡Malditos animales!

El doctor veía que el paciente decía la verdad. —Algo tuvo que haber sido. ¿Qué recuerda?

—No hice nada.

—¿Recuerda algo? ¿Qué le sucedió antes de venir aquí?

—Antes de venir no, antes de que me trajeran prisionero aquí.

—Por favor cuénteme.

Recuerdo que caminamos durante una semana, sólo deteniéndonos para dormir y comer. Acampamos en un lugar y allí recibimos la orden de asegurar un pequeño pueblo en las cercanías. Invadimos, aseguramos y terminó el asunto.

¿Y cómo llegó aquí?

Pues al otro día Luego despierto y encuentro que han escondido mi fusil y mis dos amigos de guardia están cuidándome, vigilándome. Escucho a mi superior hablando con otros generales, les oígo decir “no puede saberse”, “no puede salir de aquí”, “¿qué hacemos con él?”

Y sin decirme nada, me encontraba en

----

Incluso tenía uno que en un episodio de locura había matado a golpes a su mujer había intentado pegarse un tiro en la boca pero la sangre de sus manos había hecho resbalar el dedo del gatillo y desviar el tiro, que pasó atravesándole la oreja. Este individuo era muy fácil de tratar pues, según decía el doctor, la culpa lo había hecho dócil como un conejito. Así como éste, muchos otros pasaban sus días en el silencioso encierro ofrecido por el hospital.

Buenas tardes, ¿qué tenemos aquí? —el soldado se sentó. Miraba al doctor con gran interés. —¿A qué regimiento pertenecía, señor…? —sacudió algunas de las hojas fingiendo interesarse en el nombre del paciente. —A séptimo regimiento, señor.

¿Y qué lo trae por aquí? ¿En qué le puedo ayudar? —bromeó el doctor, cual si fuera el dependiente de una tienda de abarrotes.

—¿Ayudarme? Yo estoy bien, señor. No me pasa nada. La verdad, no entiendo por qué estoy encerrado, cuando podría estar afuera sirviendo a mi país.

—¿Qué le sucedió? ¿Por qué lo trajeron?

El doctor se quedó meditabundo. Se quedó paralizado por un momento tratando de enteder la historia del paciente. Éste se había dado vuelta y fingía dormir.

Tocaron a la puerta. El sonido seco y violento le asustó. Abrió y vió a su secretaria que le miraba con un gesto de felicidad. En sus manos estaba por fin la historia clínica del paciente. El doctor salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Tomó la historia en sus manos y comenzó a leerla. Su corazón palpitaba de prisa, una terrible corazonada le asaltó y le hizo mover sus manos más deprisa y más violentamente. Su dedo recorría verticalmente cada hoja mientras sus ojos trataban de encontrar el lugar preciso donde encontraría la respuesta:

Por fin dio con ella, leyó lo que decía:

« No parece recordar lo que pasó. Cree que mató a un cerdo, cuando en verdad torturó y asesinó a un joven campesino que encontró escondiéndose en un cobertizo.Cuando se le solicitó explicación se encontróSe solicita traslado a Hospital Psiquiátrico Militar»

Si está en este pabellón, debe ser indefenso, ¿no?

Puso su taza de café a un lado cerca al borde

Y rompió en sollozos.